

CHRISTÓVÃO FERREIRA (2021). *LA SUPERCHERIA AL DESCUBIERTO*. NAVARRA: LAETOLI, 264 PÁG. ISBN 9788412185669

Jaime González Bolado
Universidad Autónoma de Barcelona

Durante el denominado Siglo Cristiano (1549-1640), el pueblo japonés y sus líderes experimentaron un cambio radical en su relación con la religión cristiana: a una fase inicial marcada por la tolerancia religiosa y la aceptación del evangelio por parte de sus élites políticas y culturales, le siguió un periodo de recelo y desconfianza que derivó finalmente en una era de sangrientas persecuciones, las cuales culminaron con la exterminación de la inmensa mayoría de *kirishitan* (吉利支丹)¹ y la completa reclusión de Japón hacia el exterior durante más de dos siglos. A lo largo de esta última etapa, además de idear una amplia gama de suplicios y torturas destinadas a lograr la apostasía de los religiosos occidentales, las autoridades japonesas fomentaron la redacción de un corpus de tratados anticristianos que contribuyeron en la unificación política e identitaria del Japón Tokugawa (1600-1868). El objetivo de las siguientes líneas será reseñar sucintamente uno de los mayores exponentes de estos textos dirigidos a la refutación de la doctrina cristiana, *La superchería al descubierto* (*Kengiroku*, 顕偽録) de Christóvão Ferreira (1580-1650), el primer misionero apostata de la historia de la Iglesia japonesa. Para ello emplearemos la traducción al castellano que de este tratado ha realizado Kotoko Ono y Bernat Castany Prado, y que se recoge en la edición anotada y prologada por este último².

[1] El término japonés *Kirishitan* es una aproximación a la alocución portuguesa *christão* que fue empleado para referirse a la religión cristiana y sus conversos en el Japón de los siglos XVI y XVII.

[2] La cita completa de este volumen es: Ferreira, Christóvão (aut.); Fukan, Fabian (aut.); Castany Prado, Bernat (ed.), *La superchería al descubierto seguido de Dios refutado de Fabián Fukan*. Pamplona: Laetoli, 2021. Cabe destacar que hasta la fecha este es el único volumen que reúne una traducción al castellano de esta obra. No obstante, podemos encontrar una versión en inglés en Elison, George, *Deus Destroyed. The Image of Christianity in Early Modern Japan*. Londres: Harvard University Asia Center, 1973, pp. 294-318; y una en francés: Proust, Jacques, *La supercherie dévoilée. Une réfutation du catholicisme au Japon au XVII^e siècle*. París: Chandeigne, 2013, pp. 77-114.

Ferreira finalizó la redacción de *La superchería al descubierto*³ en 1636, a penas tres años después de haber abjurado de la religión cristiana tras sufrir el denominado “tormento de la fosa” o *anatsurushi* (穴吊るし)⁴. La noticia de su apostasía tuvo un gran impacto en toda Europa, pero especialmente en el seno de la Compañía de Jesús, ya que en el momento de su renuncia al cristianismo el portugués se encontraba ejerciendo la autoridad del Viceprovincial de los jesuitas nipones en *locum tenes*. Desde entonces su figura fue foco de un enorme interés, no solamente para sus coetáneos occidentales sino también para los modernos ensayistas japoneses quienes, a partir de las vivencias del apostata, produjeron textos de notable éxito que han sido incluso adaptados al cine, como *Silencio* (沈黙) de Endō Shūsaku o *Seidō no Kirisuto* (“Cristo en Bronce”, 青銅の基督) de Nagayo Yoshirō.

Siguiendo el modelo narrativo para la refutación de la doctrina cristiana que estableció el *Dios Refutado* (*Ha Daiusu o Hadaiusu*, 破提字) de Fabián Fukan (1565-1621)⁵, Ferreira estructura su breve tratado a partir de la exposición de un conjunto de principios de la teología cristiana, a cada uno de los cuales ofrece su propia objeción. Castany encuentra en esta estrategia argumentativa dirigida a socavar el fundamento dogmático de los religiosos occidentales, a los que *las autoridades japonesas pretendían hacer apostatar y convertir en korobi bateren* (転びバテレン), *cierta influencia de la fuente fundamental de la escolástica, es decir, de la Summa theologica de Tomás de Aquino, donde a cada cuestión le siguen objeciones y respuestas a estas* (160)⁶. *Y es que, de igual forma, Ferreira plantea y retrata uno por uno algunos de los principios básicos del cristianismo para rebatirlos posteriormente a partir de preceptos budistas y neoconfu-*

[3] Pese a tratarse de un texto rubricado por el propio Ferreira existen ciertos estudiosos que afirman, no sin cierta razón, que la obra demuestra un profundo conocimiento de los principios confucianistas que resultaban inalcanzables para el portugués, un neófito en esta materia. Además, el texto original fue redactado en chino clásico *Kanbun* (漢文), una lengua del todo desconocida para el antiguo jesuita. Por ello, existe un cierto consenso académico al considerar que *La superchería al descubierto* fue el resultado de los esfuerzos conjuntos de Ferreira y de un anónimo intelectual confucianista.

[4] Esta técnica de tortura consistía en suspender boca abajo al cristiano, o sospechoso de serlo, e introducir su cabeza en un agujero excavado en la tierra. Para evitar que el doliente muriese rápidamente, pues el objetivo de la tortura no era la muerte sino la apostasía, se le causaban heridas en las sienes para prevenir la excesiva acumulación de sangre en la cabeza y se le ceñía una cuerda al vientre con el propósito de mantener las vísceras en su lugar.

[5] También conocido en la literatura japonesa como Habian ハビアン, Fukansai Habian 不干齋 巴鼻庵, Hapian ハピアン, Habiyan ハビヤン, and Fukan 不干。Por su parte, en tierras japonesas, a Ferreira se le identifica con el nombre que adoptó tras su apostasía, Sawano Chūan (沢野忠庵).

[6] Todas las citas intertextuales que contiene esta reseña siguen a la edición de Castany.

cianistas. No obstante, como se deja entrever a lo largo su obra, en el trasfondo de todas sus críticas subyace siempre la idea de que el cristianismo es un sistema de creencias falso, plagado de nociones incongruentes que tienen por fin explotar a sus propios fieles y someter al resto de naciones. Con esta argumentación, el portugués fundamenta la principal causa a la que aducían los líderes Tokugawa para justificar la persecución contra los *kirishitan*, esto es, la denominada “razón de estado”, que podría resumirse en que los misioneros constituyen la avanzadilla de los reyes católicos en su plan de conquista de los reinos extranjeros.

Desde las primeras líneas de *La superchería al descubierto* queda patente la influencia que las tradiciones filosóficas y espirituales asiáticas tuvieron en su redacción. En su prólogo, Ferreira se remite a la concepción neoconfucianista del principio (*ri*), que determina la naturaleza de cada ser existente, la cual sería la misma para todas las criaturas, pese a que cada una de ellas tenga su propia forma (*chi*). Siguiendo con esta idea, al ser humano la naturaleza le habría dotado de “una forma de ser que lo inclina a mostrarse benévolo y justo, a respetar los ritos y ser prudentes”, razón por la cual “tiende a esforzarse en hacer el bien y a aborrecer el mal, y da un gran valor a la paz” (9). En esta enumeración el apostata portugués recoge cuatro de las cinco virtudes cardinales que, a entender de Confucio⁷, debía poseer cualquier individuo para poder convertirse en un buen funcionario, los cuales constituían la base de todo buen gobierno, el cual a su vez era necesario para que cualquier sociedad fuera próspera y feliz.

Tras el primer párrafo introductorio, encontramos un sucinto resumen de la experiencia vital de Ferreira, redactado con un cierto tono poético, donde el antiguo jesuita confiesa las razones tras su abjuración, las cuales se sintetizan en que, durante su estancia en Japón, pudo apreciar “la forma en que vivían los japoneses”, lo que le permitió tomar “conciencia de las verdades contenidas en el confucianismo y el budismo” y, aunque él mismo reconoce que no comprendía “ni una milésima parte de su significado”, pudo “deshacerse” de las “ilusiones” que le obnubilaban como cristiano. Por ello, afirma que el objetivo tras la redacción de su obra es “exponer [...] un resumen” de la doctrina cristiana para “exigir su condena y dar a conocer la verdad” (10).

Como hemos señalado con anterioridad, el cuerpo central del tratado anticristiano se centra en la enumeración, y posterior refutación, de los principios que Ferreira considera esenciales de la doctrina cristiana, a

[7] Las cinco virtudes del confucianismo son: la práctica y respeto hacia los rituales, modales y costumbres (*li*, 禮); la benevolencia para con el prójimo (*ren*, 仁); la fidelidad y sinceridad tanto con uno mismo como hacia los demás (*xin*, 信); la rectitud y justicia (*yi*, 義); y la sabiduría necesaria para distinguir entre el bien y el mal (*zhi*, 智).

saber: 1) la existencia y atributos de Dios; 2) “el más allá” y la inmortalidad del alma; 3) Los diez mandamientos y las potestades de la autoridad papal; 4) la historia de Jesucristo; 5) los sacramentos y 6) el Juicio Final.

En lo relativo a la primera de estas cuestiones, las críticas de Ferreira se centran en la figura del Dios cristiano como potencia creadora de todo el universo, la cual trata de refutar a partir de la metafísica materialista del neoconfucianismo y el principio taoísta del “ciclo eterno”, según los cuales, la naturaleza no tiene principio ni fin, sino que es un ciclo inmutable en el que no interviene ningún ente divino: “el cielo y la tierra no han sido creados [...] todos siguen un ciclo ordenado, inmutable, y ese es el modelo que sigue la naturaleza”. No obstante, el apostata portugués no solo emplea el concepto de la eternidad de la naturaleza proveniente de las filosofías orientales, sino también la idea aristotélica y de los epicúreos sobre la infinidad del universo. De esta forma apoya su discurso en que Aristóteles, a quien describe como un “gran sabio entre los bárbaros del sur”⁸, también pensó “sobre el comienzo del cielo y de la tierra y llegó a afirmar verdaderamente que el cielo y la tierra no tiene comienzo”. Completa este argumentario con su propio razonamiento ya que, según él, si Dios fuese en realidad el “comienzo del cielo y de la tierra” todos los pueblos del mundo deberían conocerlo y adorarlo por ello, pero que, por el contrario, fuera de la cristiandad nadie lo conoce ni le rinde culto, lo que es una muestra de su falsedad (11-12).

Por otro lado, en esta primera refutación de la figura de Dios, Ferreira examina la coherencia lógica de los argumentos cristianos, a los que exige cierta consistencia racional y empírica, y por ello, para criticar la cronología bíblica según la cual “el cielo y la tierra” han sido “creados hace seis mil años”, aduce que en las crónicas chinas existen referencias a sucesos y acontecimientos que preceden por mucho a esta fecha, por lo cual concluye que la datación cristiana “resulta totalmente errónea” (12).

Precisamente la falta de coherencia es también la base de la refutación de otro de los principios básicos de la teología cristiana, como es, la inmortalidad del alma y la existencia de una realidad ultraterrenal e ideal. Tras exponer la diferencia existente según los cristianos entre el alma animal y humana, y afirmar que para el cristianismo esta última es indestructible al tratarse de una “sustancia espiritual”, Ferreira señala la incongruencia de esta afirmación, ya que el alma “de las aves y los cuadrúpedos tampoco tiene forma material y no puede ser sostenida [...] ni vista por los ojos. Entonces ella también debería ser espíritu”. Otro aspecto del

[8] En el original japonés *nanban* o *nanbanjin* (南蛮人). Término, con cierto tono despreciativo, con el que los japoneses identificaban a los europeos de los siglos XVI y XVII. En la actualidad se emplea para designar a las obras de arte de estilo europeo producidas en Japón entre 1549 y 1640.

cristianismo que, en opinión del apostata jesuita, resulta absurdo es pensar que aquellos que no profesan la fe cristiana están condenados al infierno, ya que “de todos los seres humanos que hay en el mundo, los cristianos no representan ni un uno por diez mil” (15). Además, resalta que, si esto fuese verdad, supondría que los cristianos reconocen que Dios ha creado a la mayor parte de los hombres y mujeres únicamente para poder condenarlos al infierno, lo que le convertiría en una deidad cruel que destruye lo que él mismo crea, y contravendría su imagen del Dios benevolente. Por todo ello, rechaza frontalmente los conceptos de paraíso, infierno y destino al considerarlos historias absurdas, que tienen por objeto únicamente engañar a los crédulos y asegurar su fidelidad con la falsa premisa de que pueden monopolizar la gracia de Dios y relegar al resto a la condenación eterna.

Pese a todas estas críticas, tal y como bien apunta Castany, se observa cierta ambivalencia en Ferreira cuando emplea los pronombres “nosotros/ellos”. En ciertas partes del tratado, cuando expone alguno de los principios del cristianismo habla en calidad de antiguo cristiano y se incluye dentro de este grupo, pero a la hora de referenciar a los creyentes budistas, emplea la tercera persona del plural, lo que demuestra que, pese a su conversión al budismo Zen⁹, no estaba completamente integrado en su nueva fe (39). Este hecho queda patente durante su exposición de los diez mandamientos, a los cuales refuta en la medida en que estos ignoran la ética que se esconde tras las cinco relaciones básicas descritas en la doctrina neoconfucianista: soberano/súbdito, padre/hijo, marido/mujer, hermano mayor/hermano menor, amigo/amigo. Las mayores objeciones del antiguo jesuita se centran en el primer mandamiento (“amarás a Dios sobre todas las cosas”), al considerarlo el más peligroso para el orden social y político japonés ya que, para él, los cristianos “no manifiestan ningún respeto por la voluntad del soberano, ningún temor hacia los militares, y no obedecen siquiera a la autoridad paterna” debido a este mandamiento (19). El pensamiento japonés en el que Ferreira fundamenta su argumentación era incompatible con la noción de un Dios personal y trascendente, no solo por entenderla como equivocada, sino también por considerarla socialmente desastrosa ya que, al ubicar todo el sentido de los actos humanos en la otra vida, eliminaba el significado de la acción terrenal (197). Otra de las refutaciones contenidas en el escrito de Ferreira, quizás la más sorprendente dado el pasado del portugués como autor de varios documentos

[9] Entre los instrumentos que puso en práctica el gobierno Tokugawa para controlar y reprimir a los cristianos japoneses se encuentra la obligación de todo japonés de inscribirse en un templo budista. En el caso de Ferreira, este optó por el templo Kōdaiji (高台寺), perteneciente a la escuela Rinzaï del budismo Zen que se ubica en Kyōto, donde el portugués acabó enterrado junto a su hijo.

martiriales, es la objeción que realiza del martirio durante su exposición del quinto mandamiento (“no matarás”). Tras afirmar que el cristianismo ha conducido a la muerte a infinidad de gente, argumenta que, cuando un misionero fuerza su ejecución o provoca el martirio ajeno, está atentando “contra la propia vida” (21). Es decir, para Ferreira la muerte de sus ex-correligionarios a manos de las autoridades japonesas no es más que un suicidio fruto de la terquedad.

Con respecto a la figura papal, esta es identificada como la raíz de todo el mal que impregna al cristianismo, pues el papa, según el ideario del apostata, muestra un deseo excesivo por las riquezas, tal y como dejan patente algunas de las principales instituciones eclesiásticas, como la bula, el diezmo, la misa o la excomunión, las cuales “son reglas ordenadas por la codicia; no son en absoluto de ningún provecho para el pueblo” (23). Se aprecia de esta forma que, una parte de los argumentos de Ferreira, especialmente las relativas a la mala conducta de los religiosos, las vocaciones monásticas o la vileza del papa, coinciden en forma y contenido con la tradición de textos anti-eclesiásticos de los erasmistas y protestantes de la Europa de los siglos XVI y XVII.

En *La superchería al descubierto*, la historia de Jesucristo es refutada bajo el ya mencionado recurso de la falta de coherencia, en este caso aplicado a los episodios relacionados con la vida de Cristo que son recogidos en la Biblia. Tanto la inmaculada concepción, como la matanza de los inocentes perpetrada por Herodes o el retiro de Jesús durante cuarenta días en el desierto son consideradas por Ferreira como historias absurdas que carecen de toda verosimilitud: “no son más que cuentos inventados por los discípulos de Jesucristo, eso es todo” (31). Además, uno de los capítulos más relevantes e icónicos de la historia del cristianismo, como es la crucifixión de Jesucristo en el monte Gólgota, es enjuiciado como un acto justo por parte de las autoridades romanas, ya que la suplantación que cometería Cristo de la identidad de un miembro de la familia real, constituye un acto de traición reconocido desde tiempos inmemoriales en múltiples países. De nuevo, con esta argumentación, Ferreira justifica la actuación del gobierno japonés, el cual actúa correctamente al perseguir y crucificar a los seguidores de un criminal. En este discurso se pueden intuir ciertas similitudes con las ideas utilitaristas que aparecerán a finales del siglo XVIII en la obra de Jeremy Bentham, en tanto que la persecución de los cristianos, en opinión de Ferreira, es el mejor curso de acción que las autoridades japonesas pueden acometer, ya que es lo que genera la mayor felicidad y bienestar para el mayor número de individuos, en este caso, el resto de la población nipona que no profesa la religión cristiana.

Argumentos similares a estos son empleados para refutar los conceptos cristianos del juicio final, el juicio particular, la distinción entre pa-

raíso e infierno y la resurrección de los justos, los cuales son considerados por el apostata portugués como fábulas que, al igual que gran parte de la doctrina cristiana, son “discursos sumamente extravagantes, que tienen como único objetivo dar cierto fundamento a su religión” y que no poseen base ni fundamento alguno (36). Precisamente, esta ausencia de argumentos racionales constituye la esencia de su crítica hacia el sacramento de la eucaristía, el cual, a su entender, no es más que una metáfora que no posee otra función más que la de otorgar al cristianismo de cierto trasfondo. Para la objeción al bautismo, Ferreira recurre nuevamente a la incongruencia en que incurre la teología cristiana cuando afirma que el espíritu, pese a ser una sustancia incorpórea, puede ser purificada por medio de la materia, y por ello se cuestiona lo siguiente: “¿cómo la gracia, que es del espíritu, puede ser producida por medio del agua, que pertenece a la esfera de las cinco partes del cuerpo?”. Del último sacramento al que el antiguo jesuita hace referencia, el de la confesión o penitencia (no hay en su obra mención alguna al de la confirmación, sagradas órdenes, matrimonio y extremaunción), su principal objeción es la ausencia de un pronunciamiento directo de Jesús sobre él: “en lo concerniente a la necesidad de detallar los propios pecados, sin omitir ni uno solo, eso no es más que una invención de los cristianos que tienen al papa a su cabeza” (32-34). Por ello podría decirse que, en este punto, más que una crítica, sus planteamientos constituyen una interpretación particular de los sacramentos cristianos.

El término de este breve tratado contiene una reafirmación de los objetivos que impulsaron a Ferreira a su elaboración, y de las razones que se encuentran tras su nombre: “este volumen contiene un resumen de los arcanos de la religión cristiana; desvela la verdad y la superchería, examina lo que es verdadero y lo que es falso. Esta es la razón por la que he titulado *La superchería al descubierto*” (36-37).

Sirva finalmente como cierre de esta escasa e incompleta reseña, la reflexión que el profesor Castany realiza sobre el estado en el que se encontraba la espiritualidad del abjurado jesuita en el momento de redactar su obra:

“Ferreira insiste más en el hecho de que ha dejado de creer en su antigua religión [...] que en que ha empezado a creer en una nueva, las menciones a la cual son muy escasas y bastante convenciones [...]. En este texto la conversión de Ferreira es más una *metanoia*, esto es, un «cambio de pensamiento» que implica una renuncia a la existencia anterior, considerada inauténtica, que una *epistrophe*, esto es, un «renacimiento radical», ya que sentimos más la ruptura con la antigua fe que el entusiasmo por la nueva” (191).

